

# Norman Manea

## La sombra exiliada

Traducción del rumano de Marian Ochoa de Eribe



NORMAN MANEA

# La sombra exiliada

Novela *collage*

Traducción de  
Marian Ochoa de Eribe

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Umbra exilata*  
Traducción del rumano: Marian Ochoa de Eribe

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2022

© Norman Manea, 2022  
Reservados todos los derechos  
© de la traducción: Marian Ochoa de Eribe, 2022  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Maria Garcia  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona  
Depósito legal: B 12857-2022  
ISBN: 978-84-19075-61-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública  
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización  
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO  
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear  
fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para Cella, mi amada y mi hermana*

*Do not go gentle into that good night.  
Rage, rage against the dying of the light.*

DYLAN THOMAS

PREMISA  
(EL PASADO ANTES DEL PASADO)

El exilio comienza con el abandono de la placenta materna. La madre fue, a su vez, evacuada de la placenta de la abuela. La abuela y la abuela de la abuela y sus bisabuelas tuvieron el mismo debut terrenal.

El Proyecto Genográfico, junto con otras instituciones universales especializadas en ese ámbito, procedió a analizar la saliva del solicitante. Puesto que este abonó a tiempo la tasa de peritaje, hemos podido esbozar la trayectoria de sus antepasados maternos. La migración de los antepasados abarca unas distancias enormes. El resultado del ADN muestra que los antepasados maternos pertenecían al árbol genealógico llamado haplogrupo. Este contiene los subgrupos U\*, U1, U1a, U1bm, U3m, U4, U7. El mapa de la peregrinación de los antepasados maternos muestra que todos partieron inicialmente del África oriental. Se trata, naturalmente, del resultado de un deambular de decenas de miles de años. Se puede encontrar incluso hoy en día a los descendientes de estos antepasados, la mayoría pertenecientes al haplogrupo. Disponemos de 569 letras de la secuencia mitocondrial, combinando las letras A, C, T y G, que representan los cuatro nucleótidos, los bloques químicos que crean la vida y forman el ADN del solicitante. De vez en cuando, una mutación natural, casual y, por lo general, inofensiva, cambia la secuencia mitocondrial del ADN. La podemos interpretar como una espe-

cie de error de pronunciación: una de las «letras» se transforma de C en T, de A en G. Si una de estas mutaciones se produce en una mujer, se transmite a las hijas y a las hijas de estas. Se transmite también a los hijos, pero ellos a su vez no la transmiten.

Gracias al análisis de las mutaciones, podemos trazar la herencia antepasado tras antepasado. La trayectoria de los que abandonaron África comienza con el antepasado más lejano. Quién era, dónde vivía, cuál fue la historia de la «Eva» más remota. Al avanzar hacia tiempos más recientes, marcamos cada paso de los predecesores: el comienzo se localizaría entre 150.000 y 170.000 años atrás, en la mujer a la que los antropólogos llaman «Eva mitocondrial». No era, sin embargo, en realidad, la primera mujer de la tierra. Aunque el *Homo sapiens* existía desde hacía unos 200.000 años, en un determinado momento, hace alrededor de unos 150.000 o 170.000 años, apareció la mujer de la que descendemos todos. Esto sucedió 30.000 años después de la evolución del *Homo sapiens* en África. Mencionamos a continuación los haplogrupos y las mutaciones ocurridas: L2 en L3, luego el primer grupo M, resultado de la primera migración hacia Etiopía, luego a Australia y Polinesia y, finalmente, el segundo grupo M, que llegó a la península del Sinaí, donde aparece el grupo N, que vaga por Asia, Europa, India y América. El haplogrupo R procede de una mujer de hace 50.000 años, de la que se derivaron los subgrupos europeos, norteafricanos, indios, árabes. El haplogrupo U5 se limita a Finlandia, y el U6, derivado del haplogrupo R de Oriente Medio, se ramificó hacia Escandinavia, pero también hacia el Cáucaso, hasta llegar al mar Negro, más adelante hacia los territorios bálticos y hacia Europa occidental. Los miembros de este grupo, así como los del M y el N, que pueden interesar a nuestro solicitante, tienen antepasados en Europa y en el Mediterráneo oriental, donde configura casi el 7% de la población. Repetimos: siete, casi el 7%. Este es el resultado de la migración a lo largo de los siglos, de un exilio a otro, según nuestros archivos.<sup>1</sup>

## PARADA EN EL MUSEO RED STAR LINE

En torno al año 2300 a.C. aparecieron los primeros grandes imperios de Oriente Medio y comenzaron las guerras entre ellos y los desplazamientos masivos de población. El famoso matemático Pitágoras (569-497 a.C.) era hijo de un inmigrante; él mismo peregrinó por Egipto e Italia, donde murió en torno al año 497. Hay que mencionar la Ruta de la Seda (200 a.C.-1200 d.C.), las grandes migraciones europeas y árabes entre los años 375 y 1000 d.C., las cruzadas (1095-1271), al portugués João Ramalho, fundador de la metrópolis brasileña de São Paulo, las expediciones de los exploradores europeos (1418-1580), la importación de millones de esclavos africanos a América (1510-1888), la migración europea provocada por la urbanización y la industrialización (1815-1930), la migración tras la Primera y la Segunda Guerra Mundial, la colonización de África (1870-1975), la independencia y división de India (1947), la contratación de jornaleros (1950-1970), la migración de Europa del Este (desde 1989 hasta el presente), la inmigración ilegal (desde 1970 hasta el presente). Todos son momentos de una «frenética dialéctica del cambio», como denominó Bertolt Brecht el exilio. Amberes se convirtió en un importante punto de tránsito de la migración europea, relacionado también con puertos de Rusia, con Danzig en Polonia, Lisboa en Portugal o Hamburgo en Alemania, lugar de donde parece proceder el errante que vendió su sombra, el personaje de una famosa historia romántica del siglo XIX, escrita por Adelbert von Chamisso.<sup>2</sup>

### LA SOMBRA

Peter Schlemihl<sup>3</sup> –que acompañará a nuestro protagonista en su aventura– debe su nombre a una combinación burlona de cristianismo y judaísmo. Peter es el nombre tomado de san Pedro, uno de los primeros apóstoles de la Iglesia. Judío nacido



en Galilea, en Tierra Santa, amigo de Jesús y del hermano de este, san Pedro se enfrentó a san Pablo, judío griego de Tarsos, el visionario promotor del internacionalismo cristiano y de la conversión de las masas. Pedro defendía que para ser cristiano había que ser antes judío, como él mismo y como el Redentor. Pablo militaba, con fervor propagandístico, por la apertura de las puertas de la Iglesia a cualquiera que lo deseara.

El apellido Schlemihl se puede encontrar en el capítulo del Talmud babilonio sobre Moisés y significa, en hebreo, «amado por Dios», pero tiene asimismo una connotación burlesca, como quiso también el autor del célebre relato romántico, Adelbert von Chamisso, del cual es protagonista. El apellido Schlemihl recuerda al judío tonto, gafe y perdedor, un liante ridículo del que se ríe todo el mundo. Una especie de inocente Tândala\* y Augusto el Tonto.\*\*

La tradición hebraica atribuye unos rasgos sagrados a un tontorrón y un bobalicón, un «idiota» dostoyevskiano y no dostoyevskiano, que debe ser considerado con indulgencia y protegido. El Talmud relata que el pobre Schlemihl se lió con la esposa de un rabino, fue detenido y asesinado. Eso que a otros les había salido bien, seguramente, muchas veces, a Schlemihl, un payaso del fracaso, le salió al revés. Del hebreo *schlemiel* (necio, torpe) el nombre derivó posteriormente, en yidis, el argot del exilio, a *schmilazel* (gafe, difamado, infeliz), un Schlemihl. Dios ama a esos descarriados, dicen los textos judaicos.

\* Bufón del folklore tradicional (*N. de la T.* Las notas al final son del autor y las notas al pie de página corresponden a la traductora).

\*\* Referencia al personaje protagonista de la novela de Norman Manea *Anii de ucenicie ai lui August Prostul* (*Los años de aprendizaje de Augusto el Tonto*, (novela documental), Editorial Cartea Româneasca, Bucarest, 1979 (3.<sup>a</sup> edición. Iași, Editura Polirom, 2010).

## COMIENZO DE LA FICCIÓN

Érase una vez que se era, el despertar matinal.

Un ojo abierto, el otro cerrado. Veía o adivinaba la puerta y un sobre amarillo debajo.

Dormía mucho últimamente, le costaba despertarse y no lo hacía del todo, caía enseguida en la nada. Se había acostumbrado al prolongado letargo. Cerró el ojo abierto, se quedó dormido de nuevo, se despertó, reapareció el sobre amarillo. Golpes repetidos en la puerta. Estaba impaciente el pájaro carpintero, la puerta pintada de rojo lo irritaba. El lirón la había pintado de rojo, el color oficial, para provocar irritación o desagrado o miedo. En la puerta entreabierta, un mensajero con un sobre amarillo en la mano. Llevaba un traje gris, bien cortado, lleno de insignias, y un cinturón de turista, con una hebilla grande, verde. Era esbelto, macizo; el traje, ceñido, se le amoldaba al cuerpo. El cabello negro, espeso y alborotado, un bigotito fino, negro, brillante, engomado con betún. El mensajero se volvió hacia la puerta entreabierta y le susurró a su acompañante: «No se levanta. Es un holgazán».

—¿Quiénes son ustedes, qué quieren? —preguntó el lirón.

—Ya te enterarás —respondió el mensajero, desde la puerta—. Ya te enterarás, sí, sí, esa es la orden, que te enteres.

El durmiente bajó de la cama, en calzoncillos y camiseta, se dirigió hacia el baño. En la puerta del baño se encontraba, ahora, precisamente, el gemelo del mensajero que había entrado, cuándo, cómo, por la puerta abierta. Tenía en la mano un papel con muchos sellos.

—No te preocupes. Te quedarás en casa, no puedes salir. Estás bajo arresto. Arresto domiciliario. Así se le llama, arresto domiciliario.

El flacucho de traje gris señaló la puerta abierta del baño donde el gemelo esbelto, de cabello negro y bigote engomado con betún, con el mismo traje, estaba sentado ahora en la tapa del retrete, sumido en la lectura de un texto. Sobre las rodillas,

otro sobre amarillo. El lirón se había incorporado, estaba ahora de pie, junto a los desconocidos idénticos, con idénticos sobres amarillos en la mano, que contemplaban con descaro los calzoncillos rotos, del lino más delicado, del cautivo.

¡Arrestado así, sin justificación alguna! Ahora, cuando acababa precisamente de despertar y esperaba que su hermanita le trajera la humeante taza de café con leche y el cruasán recién calentado en el horno. Tamar, quería gritar, pero el miedo le atenazaba la garganta. Al fin y al cabo, estamos en una república popular, constitucional, en el mundo reinan la paz y la armonía, la gente de todas partes se ama, se respetan las leyes, los agresores no tienen derecho a irrumpir así, de golpe, en la vivienda legal de un ciudadano pacífico, con el pago del alquiler al día y las cuotas filatélicas en regla. Se dirigió, titubeante, hacia uno de los gemelos. Extendió la mano para recoger el sobre, pero el oficial le tendió la mano y se la estrechó con delicadeza.

–Me llamo Ed –murmuró, inclinándose, el titiritero, algo que hizo también el otro, su gemelo. Es difícil saber a cuál de los dos le estrechaste la mano, es decir, quién te estrechó afectuosamente la mano.

El durmiente intentaba despertarse, no estaba en absoluto seguro de haberlo conseguido. Un ojo abierto, otro cerrado, como antes, hace una hora o dos o vete a saber cuándo. De un tiempo a esa parte dormía demasiado, le costaba despertar y no lo conseguía del todo. Volvió a abrir, al cabo de un rato, los dos ojos, veía la puerta por debajo de la cual alguien había introducido un sobre amarillo. Abrió los ojos de par en par, se frotó la frente bañada en sudor, decidido a despertarse.

Tamar, quería gritar, suplicando un sorbo de café. Pero el durmiente recordó que hacía mucho que Tamar no vivía ya con él. Recordó, así que se estaba despertando, se había despertado.

La nota oficial era lapidaria.

MINISTERIO DEL INTERIOR  
SERVICIO DE LA SEGURITATE ESTATAL

Estimado camarada:

Está usted convocado en nuestra sede de la calle Arena 27, despacho 22.

CAMARADA CORONEL VLADIMIR TUDOR

Sí, sí, presentía algo aquellos días, tenía que suceder algo. Me llamo Ed... Y el otro también Ed. ¡Y ahora el coronel Tudor!... ¿Quién será ese? Hasta ahora recibía tan solo mensajes de capitanes, rara vez de un mayor, pero no de coroneles y no lo convocaban en la sede de la temida institución, sino en extrañas direcciones de viviendas clandestinas. No, no en la sede de la institución. El sueño, sí, sí, no lo había olvidado: el pájaro carpintero nervioso en la puerta, el texto leído en el baño. Ed y Ed, ante el inculpado. Sí, inculpado, se confirmaba, no era una suposición. Se confirmaba y no era una sorpresa. Las sorpresas no tenían ya prestigio, nada era ya sorprendente, nadie podía ya mostrar asombro.

Unos días después de la aparición del sobre amarillo, el durmiente dejó de preguntarse sobre la culpa. No tenía ninguna importancia cuál de sus culpas preocupaba a los camaradas que velaban por el orden y la paz del país. Los ciudadanos de la República escondían bastantes culpas. Todos eran sospechosos, aunque solo algunos eran escogidos para la guillotina.

En la ventanilla en que ponía AUDIENCIAS, el oficial tenía la gorra ladeada sobre la ceja izquierda.

—He sido convocado ante el camarada coronel Tudor. Hoy, viernes, a las 16 horas, en el despacho 22.

El oficial se enderezó la gorra y le tendió un cartón azul en el que ponía AUDIENCIAS 22.

El coronel no llevaba uniforme. Vestía un traje elegante del color del viento rabioso y una corbata de seda con motivos chinos. Bajo y regordete, cabello negro peinado con brillantina. Gafas con lentes pequeñas, graciosas. Manos grandes, inmensas. El inculpado se sentía abrumado por la humilde altura del interrogador, así como por su propio cuerpo delgado y largo y fino como un tablón. Él, el investigado, llevaba el pelo rapado, iba vestido con descuido, con una cazadora de poliéster negro sobre una camisa que habría sido blanca en algún momento.

—¿Qué? ¿Te gusta mi corbata? Me la regaló la mujer de un colega que visitó la Muralla China. Me chifla todo lo oriental. Del Lejano Oriente.

La familiaridad del coronel encerraba algo sospechoso. No era ya la brutalidad de los capitanes o del mayor que lo convocaban en distintos pisos particulares cuyas llaves utilizaban mientras los inquilinos no estaban en casa. El oficial bajito y arreglado va a pasar enseguida, con toda seguridad, del tuteo al usted y luego otra vez al tuteo, para que se te olvide cómo dirigirte a él.

El camarada coronel Tudor sostenía en la mano una tabaquera de plata con incrustaciones orientales. Del Lejano Oriente. Señaló el sillón de enfrente, abrió la tabaquera.

—Gracias, ya no fumo —gimoteó el larguirucho.

—Son cigarrillos Kent. Imperialistas. Estupendos.

El inculpado conocía la marca de cigarrillos americanos que preferían los oficiales, una especie de emblema elitista, la propina para los médicos, los carniceros, los abogados, los mecánicos de limusinas y los vendedores de gasolina, los intermediarios sin los cuales la vida cotidiana no podía funcionar. El elegante coronel encendió un cigarrillo largo, su huésped contemplaba el decorado amueblado con elegancia.

—Sí, el despacho no es de los corrientes. Veo que estás admirando lo muebles, los espejos. Se ajustan a mi función, al igual que mi indumentaria. ¡Servicio de pasaportes! En algún momento usted solicitó un pasaporte.

La inmensa mano del interrogador era demasiado maciza para el cigarrillo fino del que se elevaba, formando volutas, el humo.

–Sssí, hace mucho. Muchísimo. Recibí siempre respuestas negativas y luego renuncié.

–¿Y ahora? ¿Volvería a renunciar ahora?

El interrogado guardaba silencio, ni siquiera se le veía, a pesar de lo largo que era, perdido en las profundidades del sillón.

–Ahora la situación del país ha empeorado todavía más, ¿no es verdad? ¡Un desastre! Eso es lo que afirma usted en todas partes.

–¿Yo? –gimió la sombra del sillón.

–Sí, eso es lo que dice en todas partes. Entre sus amigos, y no solo con ellos. Unos amigos no precisamente pacíficos, diría yo.

–Pero cómo.... –farfulló el larguirucho cada vez más confundido.

–¡Pues sí! Frecuentas cada vez más grupos que se dicen patrióticos. Demasiado patrióticos. Sospechosos. Miseria extendida, dicen los charlatanes, sobrevigilancia extendida, la comedia del tirano. Más o menos esos son los clichés que ustedes agitan.

El camarada coronel tenía una voz agradable y una mirada afilada, acababa de encender otro cigarrillo Kent que sujetaba entre dos dedos gruesos. El ciudadano derrumbado en el sillón callaba. Inspeccionaba con la mirada los espejos de las paredes que sustituían a los habituales retratos oficiales. Ningún retrato, ni siquiera el del más amado hijo del pueblo o el de su esposa, la Menudita con dientes y guadaña de oro. Solo espejos con unos marcos curiosos.

–Dejemos esto. No lo he convocado por ese asunto. No está siendo investigado, las investigaciones se llevan a cabo en otro sitio. Esto es el Servicio de Pasaportes. Ah, sí, que no se me olvide... otro cliché que hace circular es que se han multiplicado los informantes. Por eso ha pintado su puerta de rojo, como los transformadores de alta tensión y peligro de muerte. Chiquilladas, por algo dicen sus colegas que es usted un chiquillo. Si los chivatos se han multiplicado, ellos no se asustan del rojo proletario.

Las volutas de Kent elevaban un elogio grisáceo a la escena. El oficial era cordial, elegante, ungido con todos los óleos que su papel exigía.

—Se han multiplicado de manera catastrófica, eso es lo que ustedes afirman. Como champiñones después de una tormenta de granizo, veneno y azufre, eso dice. ¿Uno de cada cuatro ciudadanos? ¿Una cuarta parte de la población de la República? ¿Y quién va a procesar esas montañas de información, qué división de analistas, psiquiatras y propagandistas estudiaría ese material que abarrota y asfixia nuestros armarios? ¿Cuántas detenciones al día con tantas denuncias? ¿Cuántas? ¿Se ha parado a pensarlo? ¿Ha meditado sobre ese problema matemático sin solución? Reducción al absurdo, así se explica el truco, pero ¿explica este la ausencia de detenciones? ¿Ha pensado en nosotros, los pobres operadores, ahogados por el archivo que crece cada hora que pasa y que lo hace en proporciones colosales? ¡Y en nuestra frustración por no poder actuar! ¿Somos nosotros tan listos, pacientes, calculadores, budistas que lo guardamos todo en reserva, a fuego lento, hasta el momento óptimo? ¡No tenemos permiso para actuar, esas son las instrucciones! Solo conservar la información en buenas condiciones, actualizada, y ya está. No se nos permiten escándalos en la prensa, como en el putrefacto Occidente... Ya no estamos bajo el estalinismo, ya no recurrimos a las detenciones. Usted lo sabe, por Dios, y se aprovecha de ello. No arrestamos, pero guardamos toda la información. La gente lo sabe, es decir, la población de sometidos lo sabe, puesto que uno de cada cuatro es un soplón, como usted afirma. ¿Y si... entre esos cuatro ciudadanos convertidos hubiera también amigos suyos, los patriotas? ¿Acaso no sabemos todo lo que cotorreáis ahí, en los bastidores del futuro?

El coronel tenía razón. El cautivo largo como una vara se había hecho cada vez más pequeño en aquel sillón que no lo protegía.

—Pero no lo he hecho llamar por eso. No por eso. ¡Se ha aprobado su pasaporte! Esa es la gran noticia. Es decir, hemos

decidido concederle el pasaporte. No se lo voy a explicar, pero no es una mera casualidad. No es una simple casualidad, esta envidiable noticia no es casual.

El enmudecido escondía su asombro en el sillón. No se esperaba un golpe así. La pesadilla con los dos agentes del sobre amarillo lo había preparado para otra clase de encuentro, pero los sabuesos conocían incluso los sueños, por supuesto, habían preparado un golpe de efecto, no con un capitán o un rutinario mayor, sino con este actor reflejado en las paredes-espejo de esta sacrosanta sede.

¿Sería esa gran noticia una trampa para incrementar el número de informantes? ¿Sería incorporado también el larguirucho sin voz?

—Ya le he dicho que renuncié —balbuceó por fin el estupefacto.

—¿Por qué? ¿Porque su solicitud fue rechazada varias veces? Una situación habitual. La vanidad no tiene sentido. Se conceden pocos, eso ya lo saben sus compañeros de fatigas. ¿No desea volver a ver a su hermana? Por lo que sabemos, tiene una relación estrecha, muy estrecha, con la hermana al otro lado del océano.

—¿Agatha? —murmuró el bebé del sillón.

—Creo que Tamar. O Tamara. La mimada Amara, ¿no? ¿O Mara? Estoy bromeando, sí, estoy bromeando, sé que la bautizó Agatha. Así se dirigía a ella en las cartas y nosotros no hemos descodificado el apodo.

¡Así pues, los informantes! Uno de cada cuatro honorables ciudadanos conocía la estrecha relación, demasiado estrecha, con Agatha, pero no tenían el código. Tamar, llamada Tamara, no tenían ni idea de por qué aparecía también Agatha, no lo sabían todo. Hay secretos inaccesibles para esos iniciados, esa era la noticia de verdad por la que merecía la pena la audiencia en la sede de la *Securitate* Estatal.

—Sí, sí, Tamara, no Agatha.

—Así que renuncia. ¿Renuncia de verdad? ¿No se puede alejar de sus amigos los patriotas o de la Patria hundida en la miseria y la tiranía o de los soplones idiotas y de sus jefes idiotas?



–Sí, renuncio –gimoteó Mudito.

El coronel dio una calada a otro cigarrillo capitalista.

–¿Así de simple? ¿Renuncia? ¿Se va a quedar aquí, en el terror? Eso dicen sus amigos, que han aumentado la miseria y el terror...

–No puedo abandonar el país precisamente ahora. Vamos juntos, el país y yo, hasta el final.

–¡Abandonó a su hermana! O la animó a que lo abandonara... a que se salvara, eso es lo que le dijo. ¿Y Günther? ¿Qué pasó con él? El amigo Günther, el comunista insatisfecho con nuestro régimen comunista. Balcánico, así lo llamaba, no comunista. Y la prensa ahora llamada libre, es decir, pagada por los capitalistas, afirma que nosotros expulsamos a las dos minorías esenciales del país, a los alemanes, serios y trabajadores, y a sus correligionarios.

–Yo no tengo religión –farfulló el minoritario.

Se instaló el silencio, un silencio absoluto. No se oía ni el zumbido de una mosca, tampoco las palabras llegaban al interrogador.

–¡Así que no quiere abandonar el país en el que ha sido acosado! ¡Eso sí que es heroísmo! ¿Abandonar el país? ¿Abandonarlo? ¿Por qué? ¿Es que somos unos críos? ¡Somos unos chicos mayores, hombre, ya lo sabemos! Aunque algunos sean unos criajos traviosos y liantes, pero lo pagarán, incluso aunque tengan carné de identidad, carné del sindicato y tal vez, incluso, el del partido. ¿No puede abandonar a unos pobres chavalillos disidentes? ¿Qué dirá su señor cuñado? Hace ya unos cuantos años puso un gran empeño personal y oficial para la aprobación de este pasaporte.

–Pero no lo aprobaron, a pesar de todos sus esfuerzos, no lo aprobaron.

–¡Ahora se ha aprobado! También nosotros enmendamos nuestros errores, somos personas, no monstruos, como creen sus amigos. Cometemos errores, los corregimos, cometemos otros, los volvemos a corregir. En fin, decídase, yo ya le he co-

municado la aprobación. Puede reencontrarse con su hermana y su cuñado. Esto es todo. Tal vez con Herr Günther o Genosse Günther, creo que así se llama entre los seguidores de Marx y Engels. Genosse Günther.

La autoridad se incorporó sobre sus piernas cortas, el invitado se levantó también, una vara larga y delgada. Se preguntaba si el objetivo del encuentro habían sido los amigos patriotas o el cuñado yanqui o el alemán marxista.

—¡Y, evidentemente, regresará! Regresará al cabo de un mes o dos, a casa. A la patria. Adonde sus amigos. El lugar de partida es también el lugar de regreso. Y el lugar natal es insustituible. Un lugar único, la geografía natal. A la que se siente unido, lo sabemos. Y lo demuestra. Muy unido, eso se ve. Al igual que su amigo Günther, ¡tampoco él quería abandonar el país que sus antepasados vinieron a colonizar hace ochocientos años! Quería quedarse aquí, criticarnos por ser unos alelados y porque nuestro comunismo es una representación primitiva. Representación, circo. ¡Tienen algo en común, ahí está!

El interrogado callaba. El humo del cigarrillo era delicado y perfumado, como los placeres prohibidos.

—Tiene tiempo para pensárselo. El pasaporte está aquí, lo espera. La estancia en el extranjero se puede prolongar en nuestra embajada si considerara necesaria una ampliación.

El pasaporte no era una casualidad, pero ¿cómo había que compensar la generosidad de la Autoridad? ¿A través de una actitud concesiva del cuñado yanqui respecto a la Patria de su esposa?

El cigarrillo se agotaba, la audiencia llegaba a su fin, el humo se disolvía. El coronel ya no sonreía.

—¿Sigue asistiendo al teatro? ¡Se acentúa la miseria, se acentúa la tiranía, pero el teatro sobrevive! Un teatro extraordinario, entre los mejores del mundo, ¿verdad? ¡Grandes talentos, muy grandes! La escena nacional está siempre viva, incluso en épocas difíciles. La escena está viva, la calle está viva, al igual que los campos de fútbol y los restaurantes y los mercados y las

canciones y los chistes. Reconózcalo, también los chistes. Así recuperamos la energía, en la taberna y en el mercado y en los baños de vapor. Y en el circo, claro, y en el circo. He leído sus textos sobre el circo. Los he leído con atención, sé que no están al alcance del vulgo. Los he leído con placer y distancia, no he buscado el subtexto. No me interesa, no persigo trampas.

El actor esperaba la réplica del interrogado al que siguió honrando con su provocadora interpretación. No recibió, sin embargo, la réplica esperada.

–Nuestros hombres han intentado varias veces contactar con usted, no se ha mostrado demasiado entusiasta. Lo hemos entendido y le hemos dejado en paz. En la paz no demasiado pacífica de unas amistades en absoluto pacíficas. En fin, ¿cómo queda lo del pasaporte? El pasaporte largamente soñado, la hermana largamente soñada. Y el berlinés Günther, el comunista irredento, el soñador. El soñador incurable.

–Me lo pensaré. Ha sido usted muy amable, muchas gracias. Me lo pensaré, es una decisión importante.

Sí, era importante, desde que también el teatro se había..., no solo la miseria, el teatro crujía de tanta caricatura. Se detuvo, el coronel bajito lo miraba de arriba abajo.

–¿Podría darme un cigarro?

El interrogado sonreía, el coronel no sonreía, pero sacó rápidamente la tabaquera del bolsillo.

–Ah, por supuesto. Parece haberse decidido. El pasaporte significa cigarrillos finos... Aunque el doctor Sima le quitara el tabaco hace ya varios años. También él, el gafotas de Eduard, le trató durante aquella enfermedad... o síndrome, el síndrome no sé qué. Ah, ya sé. FR, creo que así se llamaba, Fobia a la Realidad, sí, FR. Miedo a la realidad. El doctor Eduard Sima opina que esa aventura por el ancho mundo será el remedio definitivo. No lo ha visto de nuevo desde hace mucho tiempo, demasiado tiempo...

El mudo estaba paralizado, no hacía movimiento alguno. El último golpe había sido bueno, magistral, se le olvidó incluso el

cigarro, aunque el mechero del camarada seguía encendido. Se inclinó, encendió el cigarro, se inclinó de nuevo para darle las gracias a la Autoridad, que le tendía una mano grande y blanca.